

C O N F E R E N C I A S

ANTE EL PAISAJE

Por *IGNACIO AGUINAGA*

1.º PREAMBULO

Hace unos días, en ocasión de hallarme en un vivero de árboles del majestuoso valle de Oyarzun escogiendo varios ejemplares para su plantación en el monte San Antón o Ratón, de Guetaria fui avisado al teléfono así: "El señor Arteche le llama para un asunto urgente." Acudí presuroso.

Arteche me explicó quiénes eran los organizadores de este acto y cuál su finalidad y me dijo: "Se trata de que des una charla sobre el paisaje." A lo que le respondí: "Mira, Joshe; del paisaje hemos hablado ya demasiado para ensalzarlo y para lamentar el trato que se le da. Opino que ha llegado ya el momento de que dejemos de hablar y pasemos a la acción. Esta sería también una gran caridad más. Si la charla mía ayudase en algo a aunar esfuerzos hoy dispersos en una gran y activa asociación de amigos del paisaje, integrada en el Grupo Aranzadi, aceptaría muy gustoso tu invitación." Y Arteche me contestó: "Descuida; quienes van a escucharte sienten como tú y no dudo estarán dispuestos a la lucha que tú dices y deseas en defensa del paisaje."

Entonces, acepté el comparecer hoy ante vosotros y pensé, en seguida, en la forma de dar esta charla. Y, francamente, elegido el tema no me atreví a fiar nada trascendente a la improvisación del momento. En mis palabras iba a haber mucho de crítica y esto exigía fuesen muy meditadas, precisas y escritas, para poder ofrecerlas tal como las dijese a la libre crítica de los demás.

Que la crítica cuando es bien intencionada, cuando tiende a un noble fin, fecunda siempre a manera de la lluvia que moja el campo recién sembrado.

2.º AMIGOS Y ENEMIGOS DEL PAISAJE

A semejanza de la división que durante tanto tiempo dominó en la biología vegetal, de plantas sin flores, criptógamas y plantas con flores talofita, cabe establecer una separación de los seres humanos según su actitud con la flor en dos grandes grupos:

amantes de la flor y enemigos de la flor, que vale tanto como decir amantes o amigos del paisaje y enemigos del paisaje, ya que el paisaje no es, en síntesis, más que una grande y bella flor.

Dentro de cada uno de estos dos grupos, el amor o la enemistad al paisaje recorren todas las graduaciones hacia arriba y abajo a partir de la indiferencia que coincide con el cero termométrico.

El primer grupo incluye a cuantos nos acercamos al paisaje atraídos por la mas pura ilusión contemplativa, dispuesta el alma con los sentidos muy despiertos a las más intensas y nobles exaltaciones.

Somos los que gustamos del campo con el mismo exquisito cuidado con que la abeja liba su flor, dejándolo intacto, sin huella alguna de nuestro paso.

Aquellos que podríamos repetir con Rubén de Cendoya, el místico de Ortega: "Los paisajes me han creado la mitad mejor de mi alma; y si no hubiera perdido largos años viviendo en la hosquedad de las ciudades, sería a la hora de ahora más bueno y más profundo. Dime el paisaje en que vives y te diré quién eres."

En ese grupo estáis vosotros; los poetas, pintores, naturalistas, pensadores y artistas en general, y estamos también los simples enamorados del campo, que acudimos a su cita todos nuestros días libres con la misma sana alegría que a la de una buena novia confidente y amiga. Quizás haya quienes tachen de naturalista esta nuestra postura e identificación con el paisaje. Yo, sin embargo, entiendo que el amor al paisaje y al campo antes de Rousseau, en Rousseau y después de Rousseau, nace de este atávico impulso que nos mueve, en vano, a buscar aquí abajo nuestro perdido Paraíso originario.

El cero termométrico, el punto medio de que os hablaba, lo ocupan los indiferentes al espectáculo del paisaje; los hombres de espíritu limitado para quienes el paisaje y el campo pasan tan inadvertidos como el caminar de la luna al sol del pleno día.

El caso de insensibilidad total ante el paisaje se da con harta frecuencia en gentes que han nacido y viven en contacto íntimo con la propia Naturaleza. Son como esos avezados marinos que jamás mojaron sus pies en el agua de la mar. Lo que revela que se puede ser campesión sin amar el campo, como se puede ser habitante de la ciudad sin ser ciudadano.

El segundo grupo, el de los enemigos del paisaje, comprende a cuantos de cualquier modo y con pretextos más o menos confesables causan daños al paisaje o a alguno de sus elementos. Estos son los que talaron y talan nuestros bosques, elevan sus fábricas en

sitios inconvenientes, impurifican el agua de nuestros ríos y el aire de nuestro cielo, pisotean las flores y extinguen sin piedad los pájaros de nuestros campos y jardines.

La aristocracia de este grupo la forma lo que yo llamo el "MAU-MAU", subgrupo salvaje, refractario a toda creación e incapaz por su condición absolutamente cerril de asimilar los delicados encantos y sublimes misterios de la Naturaleza. Este subgrupo, bastante extendido, es abiertamente hostil al paisaje, éste le repele, y, corta, rompe, quema y mata, desahogando así, con venganza, el virus destructivo de su inferior calidad humana.

El primer grupo, el de los amigos del paisaje, es digno de nuestra admiración y aliento y a él he venido.

Con el grado de los indiferentes y el grupo de los enemigos no "MAU-MAU" cabe emplear el convencimiento. Unas buenas instrucciones y educación iniciadas desde la escuela de párvulos con claro lenguaje de amor puede sacarlos de su atraso, ignorancia o egoísmo para traerlos a nuestro lado.

Con el subgrupo "MAU-MAU" fallan todos los medios de persuasión. Al igual que con las plagas de la procesionaria y el escarabajo de la patata, resultan poco eficaces las medidas preventivas. Para éstos, es preciso pongamos puertas al campo mientras no se descubra una vacuna que, curándolos de su vesánica condición, nos libre y libre al paisaje de sus calamitosas fechorías y estragos.

3.º EL ARBOL Y EL PAJARO

La primera morada del hombre fue el más bello de los jardines: el Paraíso. "Y había, el Señor, plantado un huerto en Eden y puso el hombre que había formado", se lee en el Génesis. Y puso, además, un río, en cuyo espejo Eva ensayase sus primeras coqueterías de mujer con una flor prendida entre los dedos y un pájaro posado sobre su hombro desnudo. Y ésta fue su perdición. Hasta entonces no necesitó de vestido ni techo. Cuando sintió el primer frío después del pecado original tuvo que cubrirse y cobijarse. Así pudo decir el poeta inglés Cowley que "Dios creó el primer jardín y Caín la primera ciudad".

Después de Caín el hombre vió pronto que los árboles crecían y le aventajaban en talla y vigor y en proximidad al cielo ya vedado y que los pájaros volaban resplandecientes, dueños del aire mientras él permanecía sujeto a la tierra. Y como había nacido ya la Envidia ese terrible mal que roe desde Caín el corazón humano, juró su odio al árbol y al pájaro.

Luego observó, asimismo, que el árbol le ganaba en longevidad, que él y sus hijos morían y el árbol, formado y alimentado de idéntico barro al suyo, permanecía vivo, enhiesto y lozano. Entonces, reventando de ira, labró el hacha, el primer instrumento nefasto después de la quijaba fratricida.

Tampoco perdonó al pájaro cuando comprobó sus privilegios de inmarcesible juventud, libre vagabundeo y perpetua aventura, y no paró hasta inventar la escopeta y el aeroplano y dictar su conocida y siniestra sentencia de "Ave que vuela, a la cazuela".

Indudablemente, todo ello formaba parte de un gran programa de rencor, aunque Dios nos muestre a menudo que no es lícito jugar con el libre espacio que puso entre nuestras cabezas y las estrellas. Por andar en estos torpes quehaceres nos cayó un día de lo alto el regalo de la bomba atómica.

Ya el Mundo, cansado de buscar en el "Progreso" una imposible felicidad, vuelve de nuevo sus ojos hacia esas cosas puras y delicadas que siempre debió cuidar amorosamente y empieza a darse cuenta de que hay algo insustituible en la compañía del paisaje, los árboles, los pájaros y las flores. Y una nueva aurora surge en su defensa entre los pueblos más cultos.

Así, recientemente, leía estas emotivas palabras de un autor alemán: "En nuestros países de invierno frío de la Europa central saludamos con inmensa alegría la llegada de la estación de las flores, después del largo y duro invierno, y nada agradecemos más que el canto de nuestros amigos los pájaros. He tenido ocasión de comprobar muy a menudo que muchos de los alemanes que por azares de la vida tuvieron que emigrar a lejanos países en donde han pasado la mayor parte de su vida y allí se han ido haciendo viejos, guardan en el fondo de su corazón como el más emocionante recuerdo de la lejana patria, el canto de sus pajarillos en la primavera. En las regiones tropicales, los pájaros cantan de otra manera; otras son también sus costumbres, otros los colores de su plumaje. Por esto nos afecta tanto más el canto de uno de estos pájaros cuando creemos oír en él alguna semejanza con los de nuestra tierra.

En el Brasil existe un tordo de color pardo y del mismo tamaño que el nuestro y que hace sus mismos gestos. Al igual que el tordo europeo, el brasileño prefiere lanzar al aire sus melancólicos trinos al anochecer o cuando cae la lluvia fina. Cuando el brasileño oye el canto del "sabiá" siente también la añoranza de su tierra natal. En los tiempos de la conquista, los portugueses que oían el canto de este tordo recordaban con "saudade" su pa-

tria; ahora, para sus descendientes, los brasileños, la patria es la tierra "en donde crecen las palmeras y canta el sabiá".

En efecto, apenas existe algún otro medio más eficaz de hacer despertar en nuestra alma la visión de un país, con tanta rapidez y realidad, como el canto del pájaro. Al llegar la primavera cuando el verderón se posa sobre el alféizar de mi ventana y lanza sus alegres y melodiosos gorjeos, como una especie de preludio a su canto verdadero, menos agradable de oír, me imagino de repente trasladado al monasterio de benedictinos de Olinda (Brasil) asomado al balcón y contemplando el lindo tångara azul picoteando afanoso las pipitas de los melones del huerto".

Y son de ayer estas noticias:

"En San Luis el nido de un petirrojo ha interrumpido obras por valor de 250.000 dólares, que añadirán un ala al edificio de un asilo, porque los contratistas no quieren destruir el nido. En Wáshington una paloma ha puesto dos huevos sobre la máquina con que se fabrica todo el papel de mapas que usa la Sociedad Geográfica Nacional. Pero a pesar de la escasez de papel el presidente de la Asociación no quiere echar a la paloma. "Nosotros enviamos expediciones al mundo entero para ver cómo viven los pájaros —dice— y cuando uno de ellos nos visita lo menos que podemos hacer es tratarlo con cortesía".

Al mismo tiempo, la protección al árbol, al simple árbol, preocupa a los organismos oficiales. En el Plan de Ordenación de las Ciudades de Bélgica se incluye esta sabia disposición digna de ser copiada.

"Nadie podrá, sobre el territorio de los Ayuntamientos sometidos al régimen de la presente ley, construir, reconstruir, demoler o modificar las construcciones existentes, salvo las obras de conservación o entretenimiento, NI TALAR ARBOLES DE GRAN TALLA O MODIFICAR SENSIBLEMENTE EL RELIEVE DEL SUELO sin previa autorización expresa y escrita. Esta autorización será otorgada a partir de la aprobación de dichos planes por el Colegio de Burgomaestres y Escribanos".

A ver cuándo imitamos estos ejemplos.

4.º LOCOS

He opinado ya de los que sitúo en el bando de los enemigos del paisaje, pero esta charla resultaría incompleta si no os hablase también de la opinión que los tales tienen de nosotros. Este conocimiento puede ayudarnos, oportunamente, a adoptar frente, a

ese enemigo, que a veces intenta morder, una postura defensiva y digna.

Ya os habréis dado cuenta del desprecio con que se nos mira a quienes salimos al campo sin instrumentos cortantes, hacha ni escopeta. ¡Qué pobres hombres! ¿A qué irán para volver con las manos y los bolsillos vacíos? ¡Ni siquiera traen un simple bastón! Es el comentario que de nosotros suele hacerse con frecuencia. Para ellos, hombres de espíritu práctico, el campo, el campo de nuestros paseos, no es más que un gran limón que deben estrujar para la salsa de sus "negosios". Cuando éste o el otro limón quedan ya exhaustos, se van, impenitentemente, en busca de otro. Los montes de Zumárraga y ahora los de Navarra saben algo de esto.

En cuanto a vosotros, los pintores, sois merecedores de la más grande lástima. ¿Habéis observado el gesto de desdén y conmiseración con que suele saludarse vuestra presencia en el campo? ¡Cuántas veces al montar vuestro caballete se os han acercado para deciros, socarronamente, con la mejor de las sonrisas. "Conque a pintar! ¿Eh?".

A este propósito voy a contaros lo que me ocurrió con un amigo mío que tenía dos hijas guapísimas y en edad de tener novio. Un día que me lo encontré en un viaje, le pregunté por su familia y, naturalmente, por sus dos hijas y me contestó: "La mayor es una pena, "chochola", yo creo que está loca, tiene un novio que es un gran muchacho, pero pintor. ¡A quién se le ocurre! ¡Pintor! Y repetía la palabra pintor dos y tres veces recalcándola con rabia y gesto despectivo. Al momento, alegrando sus ojillos vivos, mudó de tono y añadió: "En cambio, la pequeña; ¡esa!, esa sí que me ha salido lista: "prabicante de chorisos tiene el novio".

Ahora, que la lástima llega al colmo tratándose de poetas. Nada la confirma mejor que esta anécdota:

El verano del año 1931 don Miguel de Unamuno pasaba unos días con sus familiares en un pueblo de Guipúzcoa, no cito el pueblo porque quisiera evitar los sonrojos, pero vaya, era muy cercano al mío. Una tarde que lo ví solo, en la playa, me acerqué a él con todo el gran respeto que me infundía su egregia figura y su nimbo de discutido e indiscutible maestro mío y de nuestra generación. Le saludé, departimos cordialmente un buen rato sobre aquella España que a él y a mí nos ardía como una hoguera en lo más profundo del corazón. Vimos, juntos y callados, ponerse el sol entre nubes arreboladas rozando la punta del Ma-

chichaco. Después nos despedimos. Aquella noche me encontré con un conocido, hoy opulento que, sin duda, me vió en compañía de aquel hombre para él extraño. Y me dijo: "Ya te he visto esta tarde que estabas con un señor de barba que parecía un tipo raro". ¡Cuidado! le atajé. ¿Sabes quién era ese señor? Ese señor era don Miguel de Unamuno. Y a esto, mi interlocutor agregó compadecido, este comentario: "¡Ah sí! ¡Unamuno! Ya he solido oír". "Un loco que disen que hase versos."

Y para final esta otra.

Cuando yo vine a Guetaria, parecía ofrecer también ciertos síntomas alarmantes para el vulgo. Un día, unas mujerucas comentaban: "¡No sé, no sé este nuevo Secretario si será muy cabal! : "Beti arri zarrai begira".

Para ellas el contemplar con admiración el maravilloso triforio de su iglesia o sus viejas casas de la Calle de San Roque era una grave señal de perturbado.

Pues bien, estos somos los que esa gente del bando enemigo califica de locos.

Cuán lejos están del dicho de Horacio; elemental receta de felicidad: "Sólo pido esto: un trozo de tierra no demasiado grande con un jardín, y cerca de la casa un manantial".

5.º UN LAMENTO MAS QUE NO VA A GUSTAR

Llegué a pernoctar en el pequeño pueblo guipuzcoano cuando hubo anochecido. Al día siguiente, con la primera luz del alba, cruzaba el viejo puente sobre el río para coger el camino del monte. Inicé la subida y en el primer altozano me volví a mirar al hondo del valle donde en torno a la vigilante torre parroquial dormitaba con las lumbres aún apagadas su esparcido caserío. Y busqué afanosamente, entre la luz mañanera todavía difusa, las huertas de alineados perales que solían habitar los jilgueros para deleite de nuestros ilusionados oídos infantiles. Y pude ver, contristado, que ya no había huertas. De sus cercados recintos emergían, ahora, altas chimeneas como remate de horribles talleres.

Vi también que las anchas y bajas casas de tejado a doble vertiente habían crecido sin tino, dos y tres pisos, y perdido todo su encanto. Me fué difícil reconocer la casa de "Gaxpar" que vendía ricos azucarillos y rosquillas, la de Maite, la de los grandes y rasgados ojos, y aquella otra de "Iñaki-beltxa" en cuya cocina asábamos al tamboril crepitantes castañas los jueves sin escuela.

El río, el pedregoso río donde pescábamos los “escallus” partía el valle con su cinta lechosa y hasta allí arriba llegaba un hedor insoportable.

Cuando tramonté y dejé de ver el pueblo me sentí aliviado. Pero aún me esperaban mayores decepciones.

Hacia más de treinta años que no había vuelto a recorrer aquel paraje. En aquel ayer de entonces el camino retorcido y oculto discurría entre frondosos hayedos y robledales. Hoy, iba andando sobre un vasto erial de raída hierba sumido en patético silencio. Al llegar a una hondonada me detuve. Sí, era allí, aproximadamente allí, donde en un claro del bosque, ahora desaparecido, se erguía el acebo de duro tallo y oscuras y lustrosas hojas puntiagudas que en otoño nos regalaba con la alegría de sus rojos botones. Enfrente, muy cerca, estaba la gruesa y secular haya a cuyo cobijo nacían las purpúreas setas de fragante aroma y la espesura donde el mirlo de azabachado plumaje silbaba su dulce melodía, alborada de primavera, en los claros amaneceres de abril.

Entre los sauces, abajo, se deslizaba el arroyuelo de rápida corriente y cristalinas aguas que escondían sus remansos moteadas truchas de grácil y solemne movimiento y encima, a ambos lados, lucía el bosque de corpulentos árboles con ágiles ardillas que saltaban de rama en rama y trepadores pájaros carpinteros de ropaje verde y coronilla escarlata.

Mi vivo recuerdo contrastaba con la desolada estampa de naturaleza muerta que entonces tenía delante y tanta desdichada mutación pudo conmigo como una ofensa que recibimos en nuestra propia carne. El viento llevó mi queja, y, abatido, me senté en el más próximo tocón de haya para, puesto a pensar, inquirir y comentar las causas de esa torpeza que acaba con los más auténticos rasgos de la fisonomía del país y sus mejores galas geográficas y hace del seductor paraíso que conocieron nuestros abuelos un vulgar y práctico coto industrial despojado de esos estímulos que dan a la tierra madre un sitio preferente en nuestro corazón.

Para muchos se trata tan sólo de simples exigencias del progreso. ¡Son los signos de los actuales tiempos!, dicen, con marcado énfasis.

Y así pretenden contener la indignación de los que ellos tildan de locos. Yo digo que no se trata de un fatal destino que debamos sufrir resignadamente.

Otras partes del mundo nos han precedido y tienen una vida industrial mucho más intensa y, sin embargo, cuidan su paisaje mimosamente sin que se afee ni aduldere, conservan sus bosques

en espléndido desarrollo, mantienen sus ríos limpios y transparentes entre risueñas orillas exentas de toda sucia servidumbre y sus nativos, en un envidiable culto a la naturaleza, cumplen con escrupulosidad las leyes protectoras de animales y plantas. Y en ellos, sus pueblos y ciudades crecen según reglas que, sin dejar de ser muy modernas, no sólo respetan sino que exaltan todas las peculiaridades locales y sus reliquias históricas o de arte.

En los Estados Unidos de América, primera potencia industrial del mundo, se creó el año 1870, en su maravillosa región de Yellowstone, el primer parque nacional del Orbe. Su idea surgió de un grupo de aventureros que acampó allá, ávidos de riqueza en busca de su propia fortuna.

Luego, la feliz idea se hizo conmovedora historia que bien vale la pena de que sea aprendida. Es una bella y completa lección de cómo el amor al país cuando es grande y sincero vence todo egoísmo y nos dispone a las mayores renunciaciones.

¡Y ése es el amor que aquí nos hace tanta falta!

Es cierto que solemos proclamarlo a gritos pero siempre nuestros hechos descubren su poca sinceridad. "Obras son amores y no buenas razones", reza el conocido refrán. Y ese nuestro amor aparece entonces tan falso que resulta una pura ficción, desdoro del alma de nuestro pueblo.

Así, bendecíamos y adorábamos al venerable roble de nuestras libertades mientras exterminamos a todos sus hijos, los robles grandes y pequeños de nuestros bosques, con tal saña, que no queda ya roble que cantar ni quedará pronto árbol como no sea el triste pino de la Caja de Ahorros Provincial. En la dulce canción, de todos sabida, ofrecemos asilo a la blanca paloma que el sople del viento sur empuja en nuestro cielo, pero la gentil viajera nos conoce y sabe de las arteras redes pirenaicas y de los ojos que aquí la acechan con fuego mortal. Y, prudente, sigue su ruta migratoria en vuelo alto e invisible llevando a otras tierras más amables su mensaje de paz y felicidad. Al humo de todo banquete, rompemos el aire, enardecidos, con nuestro adiós a la playa hermosa y querida que dejamos en la costa y de la que nos alejamos en alas de la imaginación, pero volvemos pronto, demasiado pronto, a llevarnos sin rubor sus finas arenas para bajos y lucrativos menesteres. Escuchamos a espontáneos y nutridos coros la descripción musical de la puesta del sol como un disco refulgente que poco a poco se hunde y apaga en la línea azul del mar, allá en el lejano horizonte, mas jamás sorprendimos a uno siquiera de esos entusiasmados cantores contemplando absorto un bello ocaso. Poseemos abulta-

dos volúmenes de heráldica, mientras nuestras piedras blasonadas, historia y emblema de nuestros apellidos, caen, una a una, perdido el respeto a las cosas nobles, a golpes de piqueta, sin una mano amiga que las recoja. Acaso, porque ello parezca inútil. ¡Quedan ya tan pocos dignos de una casa con escudo! Sabemos cien leyendas, transmitidas de generación en generación, que nos hablan de quiméricos seres y hechiceras sirenas vivientes en el fondo de nuestro mar como en un templo sagrado, cuando hemos saqueado ya el templo sin dejar el más pobre de sus ornamentos. Alabábamos la belleza de nuestros ríos. A algunos "Ibaiederra" y "Urumea" dimos nombres poéticos y evocadores. ¡Pobres ríos! Ya no son sino inmundas cloacas de pestilentes y corrosivas aguas que usamos de escombreras. ¡Y, en fin! Llegamos a recitar las finas alabanzas al ruiseñor de los versos del "Urretxindorra" a los postres de una pantagruélica fritada de minúsculos pajarillos canoros.

Sí, necesitamos, nos hace muchísima falta, ese grande y sincero amor que inspira e impone austeros deberes traducibles en claras y efectivas normas de conducta cuya práctica constituye la buena educación.

Cuando el amor flaquea, la noción del deber se ausenta, la conducta claudica, la educación es un inútil recipiente vacío de contenido e impera sin freno la grosera ley de la utilidad y el dinero, eliminadora de todas esas sutiles cualidades de vida, forma, color, armonía y gracia que, distintivas de lo perfecto, dejan tan indeleble surco en nuestro espíritu y son motivo de nuestro apego a un elegido circulo del mapa.

¡Bah! ¡Y qué vale todo eso aquí! Me dirán algunos.

Ya sé que nada de eso cuenta en el cálculo de las fórmulas del caballo de vapor, el kilovatio hora y el interés compuesto. ¡No! Todo eso, referido al país nativo, es algo muy distinto. Algo tan hondo y entrañables como el mirar, la sonrisa y la voz de la mujer amada. Algo que será siempre incomprensible para quienes nos llaman locos, mientras, al igual de aquellos esforzados y rústicos exploradores de Yellowstone, no se sientan tocados de esa llamarada de amor que surge cuando Dios enciende su estrella de luz infinita. Mientras no suelten el pesado lastre de sus codicias y sepan que cada flor tiene su nombre y su aroma y que señorío y riqueza son tan distintos como la abeja y la mosca. Y entonces, y sólo entonces, nuestra suerte empezará a ser otra y podremos afirmar ser bien educados.

Un rayo de sol rasgando una nube hirió mi frente sacándome

de mis pensamientos. Me levanté y descendí al pueblo, muy deprisa, sin fijarme en nada. Repasado el puente, ya en la calle, avancé sorteando un grupo de mozalbetes que pugnaban dando patada a un pelotón de trapo. Antes de que el sonar estridente de las sirenas de las fábricas anunciase el mediodía salí y me alejé del valle con el firme propósito de no volver más.

En el confín de mi vista, a distancia, asomaron sobre abultadas nubes cenicientas las blancas capuchas del Aitzgorri y el Aralar. Al verlas, paré un instante y alzando mi vista y mi mano envié mi adiós de despedida a aquellos dos gigantes mis buenos y viejo, amigos.

¡Ellos, sólo ellos, eran los mismos de otro tiempo!

6.º PLAN DE ACCION

Al comienzo he aludido a la imperiosa necesidad de que los amantes del paisaje formemos una vasta asociación, integrada en el Grupo Aranzadi, que abarque todas las entidades que al presente se relacionan con él de uno u otro modo afectivo. Cito como mas destacadas a esta AGRUPACION de Pintores aficionados paisajistas, y a todos los demás grupos montañeros de distintas denominaciones.

La preocupación por el paisaje sería el fundamento de la nueva asociación.

Si la idea parece buena pongamos manos a la obra.

Pudiera iniciarse su puesta en marcha en una reunión de representantes de las entidades que cito y las que vosotros conocais que yo, involuntariamente, haya omitido.

Una vez constituida la asociación, ésta aprobaría el plan a desarrollar en defensa del paisaje, plan que podría ser de resuelta y valiente actuación de cada uno de sus miembros frente a todos estos desmanes que nos sorprenden a cada paso desde los mismos aledaños de la ciudad. Estoy acordándome de las escopetitas de balines que tan hábilmente maneja ese excremento urbano que llamamos "gamberro" hermano gemelo del MAU-MAU antes descrito.

Al mismo tiempo, actuaríamos cerca de los organismos oficiales recabando especialmente de los Ayuntamientos y, la Diputación pongan en continua y creciente práctica la protección y defensa del paisaje y la conservación de monumentos y lugares artísticos e históricos que les incumbe en virtud de los preceptos de la Ley de Régimen Local.

Creo es llegado el momento de que en los Municipios se detraiga para fines de educación una buena parte de cuanto se invierte en fiestas brutales.

Cabría organizar, entre otras muchas cosas, exposiciones; de arte, horticultura, aves, flores, etc., en lugar de "soka-muturras", novilladas, pruebas de bueyes y otros parecidos espectáculos de barbarie. Y pediríamos también a la Prensa actúe de nuestra parte. Da grima leer noticias como esta que yo leí en grandes titulares, hace un año, en un diario de aquí de San Sebastián: "Ayer domingo los cazadores de Eibar, que salieron a distintos puntos de la provincia, trajeron más de 10.000 malvices".

Esa misma noche, de un día de niebla, la radio de Londres daba esta otra noticia bien opuesta: "A pesar de la intensa niebla miles de londinenses se han trasladado hoy a los parques públicos para dar de comer a los pájaros extraviados en la oscuridad".

Y produce asco ver retratados esos tipos de pinta infrahumana, con impresionantes atuendos de cartucheras y armas más propios para la caza del fiero gorila, sosteniendo a ambos lados y desde la punta de cada ala un precioso ejemplar de la gentil garza real con este epígrafe al pie: "Valientes cazadores de X que ayer en los montes de Z dieron muerte a esta rara ave".

Esto, además de mal gusto, revela una crasa ignorancia.

La acción, nuestra acción, urge. Y hemos de apresurarnos si queremos evitar llegar el día en que recordando nuestro imperdonable descuido se nos maldiga.

Lo que de aquí en adelante haya que decir lo debéis decir vosotros. Yo he terminado.

Esta conferencia fué pronunciada en las Salas Municipales de Arte de San Sebastián el día veinticuatro de marzo de mil novecientos cincuenta y cuatro ante la Agrupación de pintores aficionados amigos del paisaje.